

# FERNANDO DURÁN LÓPEZ / BLANCO Y QUINTANA

## Paralelismos y divergencias

El carácter y la trayectoria de Manuel José Quintana son estáticos: los de un hombre sólido, quieto —casi estatuario—, fiel hasta la extenuación a sí mismo, es decir, fiel a la identidad que en un momento muy temprano se construyó y que quiere proyectar sobre sus contemporáneos y la posteridad. Por el contrario, a José María Blanco y Crespo y a Joseph Blanco White ni se les puede nombrar con un solo nombre, hasta tal punto su fidelidad a sí mismo consistió en no permanecer anclado en un grupo o una identidad socializada. El hombre que permanece, que contempla su propia estatua, y el hombre que fluye, ensimismado en la persecución de algo tan inaprensible como una idea: Quintana y Blanco se parecen como un árbol se parece a un río, y aunque esto se nos antoje poco, si la mirada pretende abarcar el conjunto del paisaje, veremos que lo que está quieto y lo que se mueve se proporcionan un punto de vista, una referencia, el uno al otro.

Plutarco comienza su biografía paralela de Alejandro y César disculpándose por su poca prolijidad, «porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirven más para pintar un carácter que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades». Las vidas de Quintana y Blanco muestran paralelismos y contrastes, similitudes y divergencias tan sutiles como reveladoras. Trataré de hacer aflorar sus virtudes y sus vicios no con una presentación sistemática de «los hechos de grande aparato y los combates», tarea que Plutarco asignaba desdeñosamente al historiador, sino con el deslumbramiento casual de un puñado de «hechos de un momento», misión propia del retratista. Y tratándose de escritores, no hay hechos más destacados que sus escritos: cuatro puntos en sus obras pueden mostrar los trazos de dos vidas, no paralelas, sino entrecruzadas.

## Parecerse a Quintana

El primer punto es la *Elegía a Quintana* de Blanco y Crespo:

¡Ay Quintana! ¡Ay mi amigo! La mudanza  
debiera hacerse dentro el pecho mío,  
donde la fuente del dolor se anida,  
adonde está la flecha emponzoñada  
que va huyendo conmigo y se encrudece  
al mismo paso que me agito y pugno  
por arrancarla del doliente seno (1994: 202).

Este desahogo secreto, estos 345 atormentados versos, compendian la situación y el conflicto del sevillano hasta que empezó a escribir

el *Semanario Patriótico*. No es casual que esa explosión elegiaca, a la vez revolucionaria y profundamente autocompasiva, se escribiera bajo la advocación de Quintana, su héroe epónimo. Entre 1800 y 1809 la vida de José María Blanco no es otra cosa que un proyecto de parecerse a Quintana, amigo y maestro, anfitrión y modelo de periodista, poeta y hombre libre. El lugar en que se producía ese magisterio era la tertulia del ya célebre escritor en el Madrid de Godoy, a la que el sevillano era asiduo y donde escondía sus desventuras. Sus mejores amigos seguían siendo los de su juventud —Lista, Arjona, Reinoso—, pero ellos no eran alguien a quien parecerse, porque provenían del mismo mundo que él y con ellos compartía los dolores de la fe perdida, el sacerdocio impuesto y el punzante agujón carnal, todo lo cual obligaba a llevar una hipócrita doble vida que al joven José María se le fue haciendo insoportable. Por mucho que amase a sus dulces amigos, no aspiraba a ser como ellos, sino otra persona, más libre y sincera, menos atormentada: y en eso el aparente triunfador era Quintana, luz y guía de la juventud literaria española.

En las páginas de su revista de artes y letras —donde en 1806 dedicaba un encendido elogio al poema *El triunfo de la beneficencia* de Blanco—, en los salones de su casa —donde se hablaba de la política de la que no se podía escribir—, en sus versos, en su red de amistades, el noble Quintana posaba como el hombre del futuro, el escritor que exploraba los nuevos lenguajes poéticos y el político que, sin ceder a la corrupción del día, mantenía una sorda enemistad ética y estética con los escritores áulicos de Godoy, el círculo del acomodaticio y clasicista Moratín. Blanco, en cambio, sin nombre ni perfil público, subsistía en medio de una trama de hipocresías y ambigüedades calculadas: admirador y contertulio de Quintana y de sus amigos antigodoístas; íntimo de Arjona, que adulaba con sus poemas a Godoy; protegido de Amorós, uno de los más activos colaboradores del ministro, cuya ayuda requería para abrirse camino en la corte... Así que él también aceptó empleos y rentas a cambio de sahumeros al poder, sin por ello dejar de frecuentar los salones de Quintana y escribir en secreto poemas de encendida fiereza revolucionaria.

Hasta qué punto la independencia y la honradez de Quintana hubiesen de verdad superado la prueba de fuego de no prostituirse ante el visir que envilecía la corte —es la fraseología del momento— no interesa para este retrato paralelo, en el que lo esencial no son tanto los hechos como la manera en que los protagonistas los procesaron como autoestima e imagen. Era difícil para un escritor sobrevivir en el entramado de prebendas de aquella España sin pasar por las servidumbres al poder, pero Quintana había ya elaborado, junto a sus amigos, una leyenda de poeta cívico, cantor de la libertad, incorruptible, que jamás había cedido a la adulación y que sobrevivió a aquella época de degradación con su dignidad intacta. Sólo hacía falta una crisis para que esos jóvenes incorruptos dieran el salto hacia la primera línea de combate. Mayo de 1808 llegó como el cumplimiento de una profecía:

era lógico que catapultase a Quintana, pero en cambio fue mucho menos previsible que Blanco acabase también proyectado hacia la misma trinchera y que acabase superando a su mentor en protagonismo y en radicalidad.

### Ser más Quintana que Quintana

El segundo punto del itinerario son los *Semanarios Patrióticos*. En el prospecto del primero de ellos, que precede a su núm. 1 en septiembre de 1808, Quintana formulaba una idea que iba a repetir durante años:

La opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquista y los ejércitos armados. [...]. La opinión es la que coronará nuestros esfuerzos con la independencia y la soberanía que íbamos a perder, y ella en fin consolidará nuestra fortuna con una organización interior, que nos ponga a cubierto por mucho tiempo de los males que hemos sufrido. Es, pues, de absoluta necesidad dar a este resorte moral cuanta elasticidad sea posible, y para ello no hay mejores medios que los que proporciona la imprenta en los papeles periódicos; destinados por su naturaleza a excitar, sostener y guiar la opinión pública. [...] ansiosos de servir a la causa pública, algunos españoles estudiosos, que nunca han envilecido su profesión consagrándola a la adulación y a la mentira, se han determinado a emprender un periódico dirigido a fomentar el espíritu público [...]. La lucha que presentan las letras no es la menos peligrosa, ni menos gloriosa la carrera que prometen.

El círculo puede cerrarse con el artículo de despedida que el mismo Quintana estampó al final del núm. 102 del tercer *Semanario Patriótico*, ya en Cádiz, la misma semana de marzo de 1812 en que se proclamaba la Constitución:

[...] ni las muestras de este encono [de los partidarios del despotismo] [...] ni el miedo de los peligros a que estamos expuestos todos en un retroceso de las cosas públicas, nos han intimidado un momento. Con el tono independiente y libre que empezamos, con ése hemos proseguido nuestra obra, y con él nos despedimos [...]. Si el *Semanario* ha sido una voz viva y constante que ha estado clamando, desde que salió, por un régimen liberal; si ha contribuido a la reunión de las Cortes, a la libertad de la imprenta, a la clasificación de las potestades que sostienen el orden social; si ha preparado los ánimos y allanado el camino a la obra para siempre memorable de la constitución; si ha hecho una guerra constante y decidida a todo privilegio, a todo abuso, a todo espíritu de cuerpo, a toda tiranía parcial; si su estilo y carácter no desdican de la majestad y nobleza que

asisten a nuestra revolución; [...] no podrán quitarnos nunca la satisfacción de haber hecho a la patria el servicio que estaba en nuestra mano como hombres de letras, y de haber cumplido con nuestros deberes como ciudadanos.

Ese círculo encierra la trayectoria del principal periódico liberal de aquellos años, órgano personal de Quintana; encierra también toda una concepción del escritor comprometido, guía de la opinión pública, que Quintana quiso encarnar en plenitud. Es un círculo cerrado también en otro sentido: apenas hay evolución entre el punto de partida y el punto final en la idea que el periodista formula de su función, ni tampoco en las posiciones políticas sostenidas. Han cambiado las circunstancias, pero sólo eso. Tampoco en los años siguientes

habrá muchos cambios sobre esta idea completa, autosuficiente, de la libertad y del escritor que la ha de defender noblemente con su pluma. Pero hay un punto intermedio de este ciclo, el que representa el segundo *Semanario*, que dirige Blanco en Sevilla en 1809.

La convergencia de Blanco con Quintana —nunca al contrario— alcanza su punto máximo durante la primavera de 1809, en Sevilla, con la efervescente experiencia de la segunda época del *Semanario Patriótico*. Quintana, para entonces, con el primer *Semanario*, las *Poesías patrióticas* y sus proclamas para la Junta Central, había concluido de esculpir su estatua y después de esas fechas no añadió ningún trazo sustancial a su leyenda; en cambio,

Blanco estaba a punto de iniciar su camino, aunque no pudiera intuirlo. La amistad de Quintana tuvo que ser decisiva para que el de Sevilla, tras no pocas dudas, se sumase a la resistencia patriótica en lugar de apoyar a los afrancesados, como habían hecho Amorós y demás hechuras de Godoy y como harían sus íntimos amigos: Arjona, Reinoso, Lista... Quintana no sólo era clave para que él tomara ese partido, sino para que fuera aceptado por los patriotas, que desconfiaban de sus veleidades godoyistas. Fue él, además, quien le dio su gran oportunidad, al encomendarle la redacción de la parte política del renacido *Semanario*. Iba a ser el portavoz de la Junta Central, bajo la directa supervisión de Quintana, e indirectamente dependiente de Garay y Jovellanos, para fortalecer la musculatura ideológica de la naciente opinión pública. Que Quintana pensase en Blanco es una apuesta personal, ya que el sevillano no tenía reputación, ni experiencia como periodista, ni nunca había escrito de política.

En el *Semanario* Blanco escribe al estilo vibrante de Quintana y sigue la línea que éste había impreso a los números de la primera etapa, pero pronto se va enardeciendo y radicalizando. Como le ocurrió otras veces en su vida, experimenta una rápida autoafirmación en sus ideas y un cierto deleite —consciente o inconsciente— en enfrentarse a los poderes y las ideas establecidas. Se automitifica como un periodista rebelde, defensor de la libertad, que arrostra todos los obstáculos. Esa automitificación es similar a la que Quintana desarrolla acerca de la misión del escritor público, como se ha visto en los textos citados. No obstante, hay una diferencia sustancial, que resultará definitiva: Quintana aspira a ser portavoz y guía de la opinión pública, dispuesto a



Quintana.

sacrificarse para cumplir esa función, pero nunca entenderá su labor como una empresa solitaria, ni pretenderá enfrentarse a esa opinión pública para cumplirla. Él sostiene la antorcha de la libertad delante de la nación, pero no enfrente de ella. Blanco pronto hallará más placer —o una íntima necesidad de ello— en seguir su camino tan lejos que nadie pudiera o quisiera ir tras de él. Y eso se pone de manifiesto por primera vez en el provocador acto de despedida del último número del *Semanario* sevillano, que Blanco interrumpe con una nota donde deja entender que la Junta Central no le permite escribir con libertad:

Cuando empezamos este trimestre ya prevíamos que el *Semanario* podía encontrar obstáculos insuperables en su continuación [...]. Las circunstancias se han ido después complicando de modo que nos vemos en la dura necesidad de anunciar al público que tenemos que suspender nuestros trabajos. El amor a la justa causa de nuestra patria, y cuando esto no fuera bastante, el agradecimiento al favor que la nación nos ha dispensado, nos harían arrostrar cualquier género de inconvenientes que sólo se limitasen a nuestra incomodidad o peligro; mas, si quisiéramos desentendernos de los que al presente se ofrecen, el *Semanario* no podría llenar nuestras miras, ni sostenerse en la opinión de los que hasta ahora lo han favorecido. [...] nuestros amigos [...] sufrirán mejor que se interrumpa otra vez el *Semanario* que verlo mudado en otra cosa que lo que hasta ahora ha sido (2005: 267).

Con este portazo teatral, que Quintana conoció y permitió, pero que sin duda no compartía, Blanco superaba a su maestro en la identificación con el papel que representaba ante la opinión pública. Pero introducía una nota nueva, de rebeldía y de exceso, un deseo de no coordinar sus estrategias con el resto de amigos, ni de modular sus acciones de acuerdo con las circunstancias, que adelantaba un punto de radicalismo que no existió nunca en Quintana. Era algo que el estallido emocional de la *Elegía* quizá hacía presagiar, pero que nunca se había manifestado en público.

### Parecerse a sí mismo

El tercer grupo de textos manifiestan la ruptura violenta entre Blanco, ya instalado en Londres y publicando *El Español*, y sus antiguos amigos liberales, a la sazón en Cádiz: una carta de Quintana a Lord Holland el 7 de mayo de 1810, las reacciones de Blanco a esa misiva, una nota de Quintana en el *Semanario*...

En cuanto Blanco llega a Londres a principios de 1810 empieza a editar *El Español*, asume el nombre de Blanco White y lanza durísimos ataques contra la Junta Central y contra el nuevo gobierno español. En los meses siguientes apoya las posiciones de los insurrectos de Caracas y reclama que la libertad llegue también a la América virreinal. Lo que

al principio eran críticas a los liberales españoles hechas desde una perspectiva radical y revolucionaria —la inercia del impulso tomado en el *Semanario*—, pronto da paso a una oposición frontal desde el moderantismo y desde posiciones cada vez más conservadoras. Los amigos de Madrid y Sevilla, ahora en Cádiz, asisten estupefactos a ese cambio, que no comprenden, mientras ellos persisten en una dura lucha cotidiana por conseguir avances concretos y realistas en la búsqueda de la libertad política y civil, en medio de una guerra. Visto desde su posición, Blanco les estaba torpedeando sin correr ningún riesgo y dando argumentos al enemigo.

Amigo mío —escribe Quintana a Lord Holland el 7-V-1810— he visto el primer número del periódico de nuestro Blanco, y por cuanto hay en el mundo no quisiera que un amigo mío fuese autor de semejante escrito. ¿Adónde va a parar, o qué pretende con esa agrura, ese desprecio con que da idea de todas nuestras cosas? [...] No sé si Blanco conseguirá lo que pretende, por qué el tono general de su escrito es más bien de un hombre resentido que de un testigo imparcial [...] Por último, su patria y sus amigos nos dolemos siempre de que dé tanto valor a su apellido y origen irlandés, renegando, por así decirlo, de todos nosotros (1990: 329-330).

Blanco no le respondió directamente, pero en sus cartas coetáneas habla de Quintana con afectuoso desdén. A Lord Holland le dice que sus opiniones sobre la Junta Central nunca habían concordado. A Robert Southey, ya en mayo de 1812, le escribe de Quintana: «aunque un muy mal amigo conmigo, yo sería injusto si no aprovechase cualquier ocasión de decir que es un hombre honrado y un ardentísimo patriota. Su gran falta es una vanidad ilimitada y una flaqueza extrema en algunos puntos en los que la honradez no está concernida. Es un buen hombre» (1985: 360). Blanco nunca llegó a comprender el enfado de Quintana ni a ver los motivos por los que los amigos españoles, enzarzados en una lucha sin cuartel sobre el terreno, no admitieron —ya no intelectual o ideológicamente, sino moralmente— su defeción. Esa incapacidad de Blanco para empatizar con personas y situaciones que conocía tan de cerca es perturbadora: viene a mostrar que, aun siendo también él «un buen hombre», su propia falta era lo que podríamos denominar, parafraseándole, un «egocentrismo ilimitado en puntos en los que la honradez no está concernida». Si Quintana flaqueaba por la vanidad, por la imagen que quería proyectar y que quería que los demás reconocieran, a su vez Blanco flaqueaba por su puntillosa obsesión hacia la imagen que quería tener de sí mismo, por la interiorización de su propia identidad, que a menudo le hacía ser injusto hacia las razones y sentimientos de los demás.

Fuera como fuese, la ruptura de Quintana con Blanco fue rápida y completa. A pesar del cruce de cartas, Blanco siguió hablando bien de Quintana en *El Español*, en cuyo núm. 10 (30-I-1811) le calificaba como «uno de los literatos que más honran en el día a la nación española» (2003: 584). Los de Cádiz, sin embargo, no estaban por la labor de intercambiar cumplidos versallescos y el cisma fue firmado de



manera pública cuando, tras los primeros incidentes en las Cortes motivados por los escritos londinenses del sevillano, los editores del tercer *Semanario Patriótico* hiciesen esta solemne declaración en el resumen de las sesiones parlamentarias del núm. 62 (13-VI-1811):

El editor del *Español* lo fue también del *Semanario Patriótico* en su segunda época; lo apreciábamos entonces y sus sentimientos eran conformes con los nuestros. [...] comenzó a mirar siniestramente nuestro mal gobierno y acabó por declararse enemigo de los buenos españoles y por constituirse propagador de cuanto podía concurrir a nuestra ruina. [...] Sus amigos lo desconocen, se avergüenzan de haberlo sido, se apresuran a manifestarlo en el Congreso [...] y nosotros aprovechamos esta ocasión de decir que el editor del *Español* no se parece al editor que fue del *Semanario Patriótico* (2003: 334-335).

Este enfrentamiento tan inesperado y violento es el efecto de un giro copernicano en las ideas políticas y las estrategias personales de Blanco White, que ya no busca parecerse a Quintana, sino que inicia un imparable proceso para parecerse a sí mismo, encontrando una identidad como escritor y político absolutamente independiente. En este punto, las vidas de Quintana y Blanco dejan de ser paralelas y comienzan a divergir. Quintana seguirá barajando las mismas ideas, poses y problemas, detenido —con España entera— en una fase que Blanco había dejado atrás.

### Mirar hacia atrás sin ira

El cuarto grupo de textos son la historia de un desencuentro y un progresivo olvido: tras varios años de caminos separados y duramente sufridos —cárcel y persecución para Quintana; desarraigo, sujeción económica y crisis religiosas para Blanco—, el motivo que les hizo romper relaciones parecía lejano, pero tampoco nada les impulsaba a reanudarlas. Sus circunstancias ya eran completamente ajenas y pocas pruebas hay más precisas del camino andado por Blanco que la triste indiferencia con que

Quintana y él vuelven a escribirse en 1820, intercambiando cumplidos, consejos que caen en saco roto, sin tener en realidad mucho que decirse.

El 17-V-1819, desde su cárcel pamplonesa, Quintana escribe a

Lord Holland y le manda recuerdos a Blanco, «al cual dirá usted que yo para con mis amigos, a pesar del tiempo y de la fortuna, soy el mismo que era en las orillas del canal» (Moreno Alonso, 1985: 334). Ya libre Quintana, Blanco le escribe en marzo de 1820, por mediación del Lord. Es una carta sin recriminaciones, pero llena de consejos políticos en línea de lo que había sostenido *El Español*; sin odio ni acritud, cada cual sigue a lo suyo. Aunque afectuosa por el recuerdo de la amistad antigua y por la consideración a los padecimientos de Quintana, es una carta arrogante, una especie de delicado «ya os lo había dicho», que quiere convertir al poeta a sus propias ideas. Tentativa inútil. El trato entre ambos no se regularizó, apenas tenía sentido, y Blanco tampoco estaba interesado en renovar su activismo político hacia España, cada vez más absorbido por las cuestiones religiosas británicas. En sus obras de tema español de los siguientes años, en las *Letters from Spain*, en muchos de los artículos literarios de las *Varietades o el Mensajero de Londres*, Blanco White evoca el nombre de Quintana con afecto y respeto. Pero no era más que el privilegio del recuerdo y nostalgia.

Blanco tenía ese privilegio, porque miraba hacia atrás y veía un pasado que, sin embargo, para Quintana seguía siendo presente. Era un diálogo imposible y por parte del español no hay reciprocidad, sólo olvido e indiferencia. Blanco White pertenecía ya a un mundo con el que Quintana no tenía nada en común.

### Libertad española frente a Verdad universal

El mito de Quintana fue siempre el de la Libertad y envolvió ese mito en palabras aladas y seductoras, vibrantes palabras que iban de dentro hacia fuera y no decían nunca nada de sí mismo. Sus convicciones eran firmes; su identidad no estaba sujeta a dudas ni cuestionaba sus certezas. El problema era que España le quisiera oír o no: en su caso, realmente —y no en el de Blanco White, como tantas veces se ha repetido—, el



Batalla de Arapiles.



Batalla de Bailén.



Rendición de Bailén.

problema era España y su mensaje, su figura, su obra, no tienen otro contenido, destinatario ni razón que ser que España.

En ese sentido, la vida de Quintana es profundamente española, es la vida de una generación de vidas progresistas en lucha —nacional, no individual— por una ruptura con el pasado y una reformulación del futuro. El presente les fue esquivo y les hizo ser una generación derrotada por la historia: vapuleada por el exilio, la guerra civil y la cárcel cuando las cosas iban mal; y por la frustración y la impotencia en los pocos periodos en que la suerte les sonreía con las mieles del poder. Pero Quintana, que representó el ideal humano y literario de esa generación, no dudaba de sí mismo, de que los equivocados eran los otros y de que España vendría a darle la razón y reconocer su sacrificio. La corona de laurel con la que Isabel II le adornó en marzo de 1855 —verdadera canonización laica y nacional— parecía venir a confirmar ese triunfo final, pero, en realidad, sería difícil determinar si era la corona del héroe, la del amante de las musas o más bien la corona del martirio. En todo caso, España levantaba públicamente la estatua que Quintana se había erigido como poeta nacional y cantor de la Libertad medio siglo antes. Fuera de ese objetivo, su vida y su obra carecían de sentido.

Blanco, en cambio, se había liberado de ese destino español en dos ocasiones: primero en 1810 al abandonar físicamente la patria y luego, a lo largo de los cuatro años siguientes, al interiorizar su decisión moral de hacerse inglés y anglicano, rompiendo sus lazos no sólo con el pasado y con España, sino, lo que es más importante, rompiendo también con el futuro y con las metas perseguidas por sus coetáneos. El camino elegido no era tampoco un camino de gloria y rosas; estaba lleno de espinas, pero al contrario de sus antiguos amigos españoles, esas espinas las había elegido él, no se le impusieron, y fue él quien construyó su propia suerte.

Así pues, Blanco empezó a dejar de ser en 1810 el cantor de la libertad política española —dejó de imitar a Quintana— y poco a poco, con corrosiva angustia interior, fue aislando un mito y una meta diferentes: no la libertad, sino la Verdad. Esto puede explicarse por razones psicológicas, ideológicas, de oportunismo..., y así lo han hecho quienes han intentado explicar la metamorfosis de Blanco y Crespo en Blanco White. Pero la respuesta, a mi juicio, es más simple y salta a la vista, aunque los prejuicios nacionalistas y religiosos hayan distorsionado la mirada: Blanco empieza a ver el problema de la libertad y la regeneración española de otra forma desde 1810 porque en ese momento él se convierte en un hombre libre. La libertad deja de ser una meta personal. Buscará nuevas metas, que tendrán que ver con coyunturas de la sociedad británica, pero también con problemas universales —religiosos y filosóficos— de la condición humana, a los que se puede encarar de frente en Inglaterra. Quintana no disfrutó, en cambio, de un solo día de genuina libertad política o derechos civiles, o de normalidad institucional y social, durante las más de tres décadas que Blanco vivió en Gran Bretaña. Poco después de fracasado el Trienio liberal, Quintana escribía estas amargas y reveladoras palabras en el prólogo a sus *Cartas a Lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*:

Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres o no, está por resolver todavía.

Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. [...] El estado de libertad es un estado continuo de vigilancia, y frecuentemente de combates (1946: 532).

Seguía en la lucha de 1800, de 1808 o de 1812. Por ello, el sevillano podrá mirar con desdenosa conmiseración a los españoles: a Quintana y todos los que seguían enfrascados en el mismo laberinto de discutir constituciones, leyes y reformas. Es el desdén de quien ha pasado a una fase superior de problemas intelectuales, de quien sigue andando cuando sus compañeros de ruta se han quedado parados. Nunca superará la intensa carga emocional que para él tiene todo lo español, pero desde el punto de vista de las ideas y de las metas personales, España supone una frontera muy lejana detrás de sus pasos.

A fin de cuentas, la estatua que se esculpió Blanco White era mucho más grande, más imponente, que la de Quintana: era, de hecho, una estatua de dimensiones colosales, la de un profeta de la verdad cristiana que podría conciliar a Dios con la Razón para dar una respuesta para el hombre nuevo, para la nueva sociedad que el progreso y la racionalidad tendrían necesariamente que alumbrar, y que Blanco White, como todos los profetas, no podría nunca contemplar. Era un camino de soledad y de ensimismamiento, porque esa verdad pretendida no se podría encontrar en otro lugar que en el interior de su propia alma, en su razón —y para Blanco White alma y razón habían llegado a ser la misma cosa—, de ahí que su proceso fuera siempre de fuera hacia dentro, y al final le resultase casi indiferente que hubiera un millón, cien personas o nadie oyéndole. España, en realidad, no era su obsesión, era la de los españoles como Quintana (Durán López, 2005).

F. D. L. — UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

#### Bibliografía citada

- BLANCO WHITE, J. M. (1994): *Obra poética completa*, eds. Antonio Garnica y Jesús Díaz, Madrid, Visor.
- (2005): «Aviso al público», núm. 32 (31-VIII-1810), *Obras completas. Vol. I: Semanario Patriótico (Sevilla 1809)*, eds. Antonio Garnica y Raquel Rico, Granada, Editorial Almed.
- DURÁN LÓPEZ, F. (2005): *José María Blanco White o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- MORENO ALONSO, M. (dic. 1990): «Principios políticos y razones personales para la reforma del Estado en España (1805-1840). (De la correspondencia inédita de M. J. Quintana con Lord Holland)», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 70, págs. 289-338.
- MURPHY, M. y PONS, A. (oct. 1985): «Further letters of Blanco White to Robert Southey», *Bulletin of Hispanic Studies*, 67. 4, págs. 357-372.
- QUINTANA, M. J. (1946): *Obras completas*, BAE, XIX, Madrid, Atlas.
- (2003): *Crónicas de Cortes del Semanario Patriótico (1810-1812)*, Ed. Fernando Durán López, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura.